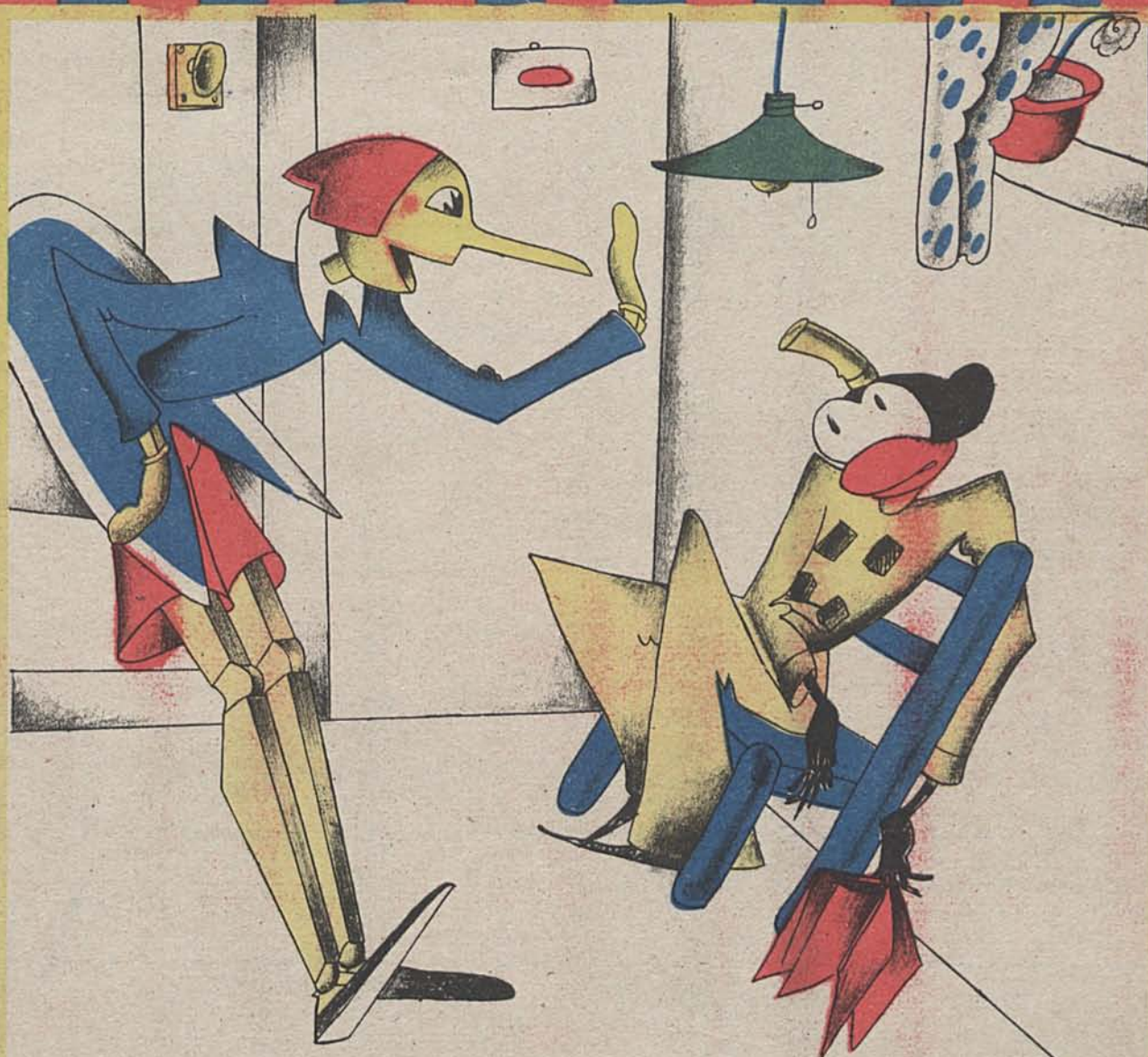


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 273

25cts

11 MAYO
1930



- ¡PERO HOMBRE TE ACABAS DE LEVANTAR DE DORMIR, Y ESTÁS ASÍ?
- ¡ES QUE ME HE PASADO LA NOCHE SOÑANDO QUE TIRABA DE UN CARRO.....Y ESTOY RENDIDO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

FOR
C. GIOVANELLA Y D. M. BARBIERI

(Continuación)

servirme como presentación; y él de buena o mala gana, tuvo que condescender con mi deseo. Al cabo de un mes, le entregué escrupulosamente el producto íntegro de la venta, cerca de cien mil francos, más un grueso diamante que aún le vi puesto en un dedo la última vez que nos encontramos reunidos. También me valí más tarde de Fayollet, cuando se hizo uno de los más formidables banqueros de la Metrópoli. Le pedí me facilitara el plano topográfico del Crédito Central y algunos datos que debían serme sumamente útiles en el desarrollo de cierta operación mía efectuada en aquel Banco. Fayollet intentó al pronto zafarse, incluso me ofreció una respetable suma para hacerme renunciar a mi proyecto; pero yo le repliqué, ofendido, que no aceptaba limosnas de nadie y quería vivir exclusivamente de mi... trabajo, y él tuvo que ceder a mis razones. Ocho días después, seis de las cajas del Crédito aparecían, como usted recordará, enteramente desembarazadas de su contenido, y a la mañana quedaron los empleados no poco sorprendidos de encontrar las cajas forzadas, mientras ninguna de las puertas de hierro del Banco mostraba indicios de haber sido violentada...

—¡Si me acuerdo! Se encontraron intactas tan sólo la caja de la Beneficencia y la de la Intervención de Hacienda.

—¡Naturalmente! No contenían más que algunos centenares de libras. Ni siquiera valían el tiempo que se hubiera perdido en abrirlas.

—Pero aquella vez la Policía descubrió las huellas de usted...

—Efectivamente La Policía me persiguió muy de cerca durante algún tiempo. Tuve algunos temores, si he de serle a usted franco. Ya no me sentía tan seguro. Cambié de aspecto infinitas veces, mudé de domicilio cada dos o tres días, y por fin me alejé de París. Me trasladé a Lyon donde permanecí casi un mes y en seguida pasé a Dijon y a Nantes. Estaba inquieto, tenía la sensación de vivir en continua amenaza y en constante peligro. Necesitaba hallar modo de salir de Francia sin ser sorprendido ni preso. Y entonces le tocó el turno a Armagnac. Fui a buscarle a Brest, pero aquellos días estaba en el Mediterráneo con su escuadra con motivo de las maniobras navales; y le cogí en Marsella donde me presenté de improviso ante él en un *restaurant* donde estaba comiendo en compañía de otros oficiales. Yo he sido siempre el espectro del remordimiento para aquellos tres bribones; y también esa vez Armagnac se turbó a mi aparición con el mismo temor que sus colegas sentían al reconocermé. Mi intimación de que me embarcara, fuera como fuese, en una de las naves que debían, con ocasión de las maniobras, proteger las costas de Argelia y de Túnez, le puso en grave aprieto; pero al fin consiguió hacerme admitir entre el personal de a bordo en calidad de segundo camarero adscrito a la mesa de los oficiales. Desembarqué de ese modo en Túnez, y desde allí pasé tranquilamente a Trípoli y a Alejandría donde se me presentó incluso la ocasión de recoger dinero en las cajas de la *Sociedad Egipcia de Seguros Marítimos*...

—¡Ah! ¿También ha sido hazaña de usted aquella operación?

—No vale casi la pena de hablar de ella: una futesa, al lado de la otra del Crédito Central. Esta ¿sabe usted?... me valió casi cuatro millones. Viví dos años deliciosamente, a lo gran

señor, en Saint-Moritz, Ostende, Bayona, Biarritz, Vichy, Viareggio, y hasta hice algunas escapadas a París...

—¡Tres millones en dos años! Pero ¿es que usted devora los millones?

—¡Bah! He gastado bastante más en un tiempo relativamente más corto.

—¡Cáspita!

—Así es que el verano pasado, estando también en París, no quise faltar a las conveniencias y fui a visitar a mis amigos. Vi a Armagnac en su despacho del Ministerio...

—¡Es usted temerario, no ya audaz, señor Köwaes!

—Nada de eso; me gusta divertirme burlando a mis perseguidores. Aquel día, por ejemplo, vino un instante a la oficina de Armagnac el Subsecretario de Marina, que me estrechó calorosamente la mano persuadido de estrechársela al vizconde de la Marne. ¡Le aseguro a usted que me reí con ganas!

—¡Pobre Subsecretario!

—Armagnac, contra su costumbre y con gran sorpresa mía, se mostró aquella vez muy satisfecho de mi visita y me pidió fuera a su casa aquella noche misma para hablarme de algo de que no era prudente platicar allí, a cuatro pasos de oídos que podían no ser discretos. Yo estaba muy lejos de suponer que se trataba aún de nuestro antiguo golpe, y no le ocultaré a usted que me hizo maldita gracia saber que Larouchy había manifestado el propósito de revelar nuestro secreto, sólo por el gusto, según la expresión de Armagnac, de devolver a D'Alimand la libertad.

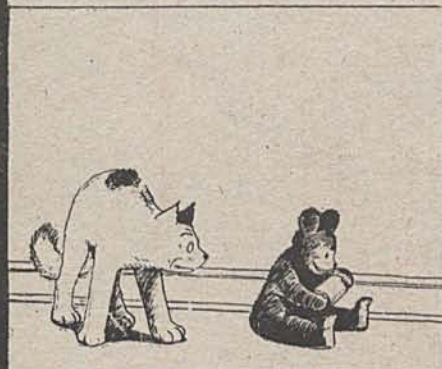
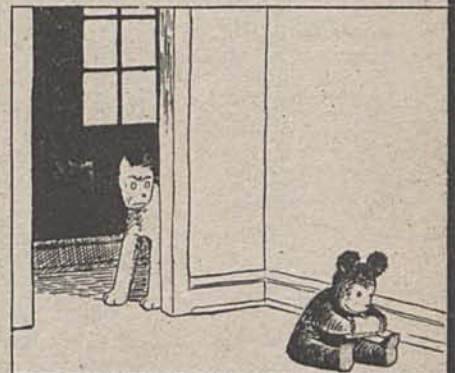
—Perdone— le interrumpí — ¿Querría usted decirme de qué modo pudieron conocer sus consocios esas intenciones?

—Pues, fortuitamente. Foichant, que se encontraba por aquellos días en Nápoles para la acostumbrada exposición semestral de sus perlas, se encontró con Garré de manos a boca. Los dos, sorprendidos, se reconocieron y se saludaron. Foichant advirtió, no obstante, cierto encogimiento en su ex colega, y aun llegó a

entrar en sospechas ante las contestaciones evasivas que el otro tuvo que darle sobre los motivos de su vuelta a Europa. En fin, para abreviar; Foichant, decidido a conocer a toda costa el verdadero móvil de aquel viaje, colma de obsequios a Garré y le invita a ir a admirar con él la rica colección de perlas expuesta en el pequeño local que le servía a la vez de alojamiento. Allí, le coge desprevenido, le ata, le amordaza, y le registra. Encuentra así la carta de Larouchy a Enrique D'Alimand. Al saber por las primeras líneas de ésta el propósito de Larouchy y la misión de su criado, Foichant entró en un acceso de ira furibunda, y abrumó al pobre Garré con las más soeces injurias y las más triviales expresiones de su desdén y de su odio. Espoleado por esos rabiosos denuestos, halló Garré la fuerza de desligarse de sus ataduras y entonces se arrojó sobre el furioso, golpeándole violentamente con una silla en la cabeza. Foichant cayó desfallecido, lo que aprovechó Garré para huir recogiendo la carta que había caído al suelo. La primera mitad tan sólo, sin embargo, porque la hoja segunda había quedado bajo el cuerpo de Foichant sin que aquél lo notase. Esa segunda hoja empezaba con el nombre de un río de China, el Yang-Tse-Kiang, y seguía invitando a D'Alimand a trasladarse lo antes posible al lugar indicado para recoger de manos del firmante los documentos justificativos de la inocencia de D'Alimand padre. Advertíale además que Garré estaba encargado de entregarle la suma que habría de servirle para el viaje. Foichant envió inmediatamente la media carta a sus cómplices de París, informándoles de todo y exhortándoles a vigilar y tomar sus medidas para que Garré no pudiera llevar a término su misión. Armagnac y Fayollet espionaron a cuantos iban llegando, y sorprendieron una noche a Garré cuando iba a entrar en el *Hôtel de Nice*, calle de Châlons. Ya sabe usted lo que siguió a esto, y también sabe cómo los mismos dos compinches intentaron una noche después quitar la media carta a D'Alimand a quien suponían habría sido entregada aquélla.

(Continuará en el número próximo).

ANITA BUEN- CORAZON





LOS PIRATAS DEL RIF



EXISTE la creencia general de que ha cesado de una vez para siempre la piratería en los antiguos estados berberiscos bañados por las aguas azules del Mediterráneo, pero esta creencia en verdad no es exacta.

Es cierto que en el día de hoy ni en Trípoli ni en Túnez ni en Argelia se arman aquellas formidables galeras que desde el año 1400 al 1800 hacían temblar a las potencias cristianas del mar Latino con sus audaces y fulminantes correrías saqueando las pequeñas villas costeras y llevando consigo prisioneras a un gran número de personas destinadas a la más cruel esclavitud.

Las escuadras de España, de Francia, de Italia y de Austria han llegado a hacerse ya lo suficientemente poderosas para tener a raya sin gran trabajo a los antiguos piratas berberiscos, pero sin embargo de vez en cuando algunos audaces bandoleiros del mar intentan empresas semejantes contra algunos pequeños barcos de vela que en tiempos de gran calma se detienen ante aquellas peligrosas costas.

El Riff inspira aún en nuestros días cierta angustiosa ansiedad en el ánimo de los marinos del Mediterráneo. Cuando soplan los vientos hacia aquellas playas los navegantes creen necesario vigilar, tener bien abiertos los ojos y prestar las armas de cuantos vayan a bordo.

Esta región se halla entre los confines, de Marruecos y de Argelia y se halla constituida por algunas cadenas de montañas que gradualmente descienden hasta el mar. Son montañas mucho más abruptas que las del Atlas, con picos casi inaccesibles

barrancos profundísimos e intrincadas selvas donde es fácil esconderse y perderse.

Los hombres que las habitan son los más belicosos e indómitos de todo Marruecos. Son altos, bien formados, robustísimos, con el cabello algo rubio y los ojos azules, la piel casi blanca: no tienen en suma casi ningún carácter común con los moros de Marruecos y de Argelia quienes por el contrario tienen los cabellos cortos, rizado y negro, ojos que parecen carbones y el color de la piel sumamente atezado, como ahumado y fuliginoso.

Están en lucha continua con los soldados





marroquíes, con el fusil siempre en la mano prontos a defender muy cara la independencia de sus montañas pues nunca estuvieron sometidos ni al Sultán ni a las potencias europeas de las cuales se rien.

Su ocupación principal es la ganadería, pero prefieren hacer vida de raterías y de robos y ¡ay de la pobre nave que impulsada por el viento llegue a caer en las aguas de aquella costa salvaje!

Descienden entonces desde lo alto de sus montes como bandadas de aves de rapiña y como tienen sus barcos escondidos en el fondo de sus profundos golfos, se lanzan audazmente al asalto del velero y ¡pobre del que intente oponer alguna resistencia! Atan al marinero, o quien sea, a una de las anclas y le echan al agua vivo a fin de que le devoren los temibles tiburones que tanto abundan en aquellas aguas.

Expuestos estos antecedentes os relataré la historia sucedida a un navío maltés que oí de labios de un marinero que iba embarcado en él y que vió muy cercana la muerte en aquella ocasión y mucho más cercanos aún a los rifeños.

Llamábase la nave la «Calipso» y hacia la travesía entre Malta y Lisboa, la capital de Portugal en donde usualmente cargaba el excelente vino llamado de Oporto que tanto agrada a los ingleses y a veces también cerveza doble de Newcastle.

Era un *brik* hermoso de cerca de setecientas toneladas mandado por un experto y valeroso capitán que tenía catorce marineros a sus órdenes, entre los cuales iban algunos genoveses.

Había hecho ya unos catorce viajes sin que nada extraordinario les hubiera acaecido a aquellos bravos marinos, cuando al emprender el décimo quinto, en ruta ya, y cerca de las costas marroquíes fué sorprendido el «Calipso» por una de esas tempestades que hacen erizarse el cabello hasta a los más viejos lobos de mar habituados a las borrascas furiosas y al irresistible sirocco del Mediterráneo.

A pesar de cuantas maniobras intentó la tripulación el *brik* fué arrastrado, o mejor dicho, empujado hacia las costas del Riff y a eso de la media noche, después de diez horas de lucha chocó contra un

(Continuará.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



NO SABES LO QUE ME PREOCUPA TU PORVENIR, CURRINCHE. YO QUISIERA DARTE UNA CARRERITA, PERO.....

YO NO VOY NUNCA A LAS CARRERAS PORQUE NO ME GUSTAN. PREFIERO EL FÚTBOL



OYE ¿Y NO TE GUSTARÍA SER TORERO? SI TU FUESES TORERO GANARÍAMOS MUCHAS PESETAS

YA SABE USTED QUE UNA VEZ QUE ME METÍ A TOREAR ME EQUIVOQUÉ Y LE CLAVÉ LAS BANDERILLAS AL PRESIDENTE



PUES MIRA NIÑO, ASÍ NO PODEMOS SEGUIR. TIENES QUE SER ALGO EN LA VIDA, DE MODO QUE ESCOGE ENTRE FUMISTA, TANGUISTA, PIRULISTA, BICICLISTA, SABLISTA, PESIMISTA, MAQUINISTA O PARACHUTISTA.



¡YA ESTÁ! ¡YA ESTÁ! EL CORAZÓN ME DICE QUE HE DE SER RELOJERO. PONGA EL OÍDO Y VERÁ

¡SI! ¡SI! SE OYE PERFECTAMENTE EL TIC, TAC, TIC, TAC. TÚ HAS NACIDO PARA RELOJ DE PARED



¡OLE, CURRINCHE YA TENEMOS RESUELTO TU PORVENIR! AHORA, A TRABAJAR



LA HORA FINA
GRAN RELOJERÍA
DEL SEÑOR
CURRINCHE

SE VENDE
UN RELOJ
DE PARED

AÍ RELOQUES
CON LA ORA
QUE SE DESEE
CURRINCHE



SI, SEÑORA. AHORA MISMO LE VOY A ENVIAR UN RELOJ DE PARED QUE ES COSA RICA. DA LA HORA, LOS CUARTOS, CANTA, BAILA, ETC, ETC.



¡GRACIAS A DIOS QUE ME VEO LIBRE DE ESE MORENO! ¡YA ERA HORA DE QUE ME DEJARA DESCANSAR! ME PARECE QUE LLAMAN EN LA PUERTA



¿PERO YA ESTÁS AQUÍ?

SI, SEÑOR. VENGO A QUE ME DE DE ALMOZAR, PORQUE SI NO SE ACABA LA CUERDA DEL RELOJ





COLORÍN y su PANDILLA



REG. U.S. PAT. OFF.
©1930 - CHICAGO TRIBUNE.

CUENTOS DE CALLEJA

PEPITO EL LEÑADOR

Castillo

PEPITO, el leñador, se vió sorprendido en el monte por una fuerte borrasca, que le hizo buscar refugio a toda prisa. Por fin encontró una gruta no muy grande, y en ella penetró, aterrado de frío y calado hasta los huesos.

En esto se hallaba cuando acertó a pasar por su lado un caracol de buen tamaño, que buscaba su vivienda con toda la precipitación compatible con el peso de su concha.

Pepito alargó la mano y cogió el caracol; pero en cuanto lo hizo, el caracol empezó a crecer hasta hacerse enorme.

—¡Famoso estirón has dado!— exclamó el chico, que no era miedoso— ¿Estás ahora creciendo?

—¡Y tanto—dijo el caracol—, que voy a ser lo bastante grande para tragarte de un bocado!

¡Zapatilla!— exclamó Pepito— ¡Esto va de veras, porque yo no he visto ningún caracol que crezca tan aprisa!

Y, diciendo esto, se levantó rápidamente, y, cogiendo el hacha de que se servía para cortar la leña, dió tan formidable tajo al caracol en uno de sus cuernos, que se lo cortó de raíz. Cayó el cuerno dando botes en el suelo, y empezó a achicarse; pero Pepito le cogió, y con él, a guisa de zurriago comenzó a golpear al caracol vigorosamente.

—¡Yo te mataré mañana!—gritaba el caracol.

A lo cual respondió el muchacho:

—Para tarde lo dejas, porque yo te voy a reventar ahora mismo.

Entonces el animal comenzó a meterse dentro de su concha para huir de los golpes, y, de pronto, se echó a rodar monte abajo, produciendo un estrépito terrible. Dos o tres árboles que entorpecían su camino fueron arrancados de cuajo, y el caracol desapareció en el fondo de un barranco.

—Y ahora, ¿qué hago yo con este cuerno?—preguntó Pepito, mirando el que el caracol se dejara cortar en la refriega.

—Lo que tú quieras—dijo el cuerno por una boquita que tenía en uno de los extremos.

—¿Conque lo que yo quiera? Pues anda, dime quién es el caracol, tu antiguo dueño.

—Pues ese caracol es el mago Sacamantecas y Untatostadas, que es el mayor enemigo de los niños que se conoce. En fin, mira si el tío será malo, que ni sus propios cuernos le queremos. Así fué que me alegré mucho de que me cortaras.

—¿Y qué hace ese mago?—preguntó Pepito.

—Pues tiene encerrados en una caverna a más de quinientos niños, todos los que ha podido coger de cuantos lloran mucho y marean a sus papás, y cada día les da una paliza que les enciende el pelo. En eso se distrae, porque no tiene otra cosa que hacer.

—Pues más valdría—exclamó el pequeño leñador—que se entretuviera en otra cosa más decente. ¡Valiente tío! Y ¿cómo podría hacer yo para libertar a esos infelices?

—Quererlo y basta, porque yo te ayudo. Déjame suelto y yo te guiaré al sitio en que se encuentra el caracol. Cuando lleguemos, cógeme, y conmigo golpea el cuerno que le queda, entonces nada tienes que temer, y el mago es nuestro.

Así lo hizo Pepito, y en un dos por tres se encontró en la entrada de una caverna oscurísima. El cuerno se hizo luminoso, y a su luz vió el leñador que el caracol se encontraba escondido, y empezó a hacerse tan chico, que desapareció en una ma-

driguera de topos.

—Síguele—dijo el cuerno.

—Eso es fácil de decir; pero ¿cómo?—contestó Pepito.

—Golpea conmigo la madriguera.

Golpeó, en efecto, el leñador, y, en el acto, se abrió una puerta, por donde pasó, encontrando, al atravesarla, un largo pasadizo por donde el caracol corría que se las pelaba.

Pepito salió a escape detrás de él; pero no podía alcanzarlo, hasta que dijo el cuerno:

—Móntate encima de mí.

Y en el acto se convirtió en un fuerte galgo, sobre el cual cabalgó el niño fácilmente. Entonces hubo una carrera frenética, en la cual el leñador iba ganando





terreno, merced a la velocidad de su cabalgadura; pero, de pronto, el caracol desapareció, transformándose en una feroz serpiente, que se volvió hacia

Pepito y su perro, echando llamas por la boca; pero el galgo se transformó en una cigüeña de larguísimo pico, que avanzó denodadamente hacia el reptil, y, cogiéndole bonitamente por el cuello, le dió un golpe contra la pared. En este instante sonó un formidable crujido, y la serpiente, rompiendo su piel de escamas, dejó salir a un guerrero con armadura de plata; pero la cigüeña se convirtió en otro guerrero con armadura de oro y se trabó un reñido combate, que presenció Pepito lleno de asombro. El mago llevó la peor parte, y entonces se convirtió en un torrente que amenazaba inundar la mina y ahogarlos a todos; pero el otro guerrero se transformó en un abismo, que se sorbió todo el agua, y allí quedó el mago aprisionado. Sonó debajo de tierra un extraño ruido de cadenas y gritos del mago, pidiendo que le perdonasen; y, por último, surgió del suelo la verdadera figura del mago, vestido de moro y con los pies y las manos sujetos por fuertes cadenas.

—Aquí me tienes—dijo humildemente—, para que dispongas de mi persona.

—Mándale que te lleve a su palacio—gritaron las cadenas, en las cuales reconoció Pepito a su auxiliar.

—Ya lo has oído—exclamó el leñador—: necesito recorrer tu palacio.

No bien lo hubo dicho, se abrió un pozo, y a él cayeron los dos, llegando al fondo sin hacerse daño alguno.

Allí se encontró en un palacio suntuoso cuyas habitaciones, lujosas y llenas de tesoros de arte, recorrió una por una, sin encontrar a los niños prisioneros, y ya iba a desistir de la empresa de libertarlos, cuando le dijeron las cadenas:

—Pepito, sujeta al mago por un cabello rubio que tiene en el cogote. No le sueltes de ninguna manera.

Buscó, en efecto, el leñador el pelo rubio, y por allí sujetó al mago, que bufaba lleno de ira. Desaparecieron las cadenas y se transformaron en una bellísima joven, que, adelantándose a Pepito, le dijo:

—Yo soy el hada

de los buenos niños, que era cautiva de este malvado hasta que tú me libertaste con tu hacha; y en pago de este servicio, voy a servirte de guía y de apoyo. Sigue con el cabello fuertemente apretado y déjate conducir por mí.

Echó a andar el hada, y detrás Pepito, llevando sujeto al mago, hasta que, al final de un corredor, encontraron una puerta, y, abierta ésta, entraron en una gran habitación, donde estaban apiñados muchos niños. Cuando se enteraron de que se les iba a poner en libertad, dieron gritos de alegría y abrazaron con efusión a sus salvadores; pero, al inclinarse Pepito para recibir uno de estos abrazos, dió tan tremendo tirón al pelo del mago, que lo arrancó, y en el mismo momento crujó la montaña y se encontraron todos en el monte, menos el mago.

—¿Sabes lo que has hecho?—le preguntó el hada.

—No—contestó Pepito.

—Pues has matado sin querer a ese criminal, con lo que hiciste una

obra de caridad.

—Pues mire usted, hada, lo siento, porque yo en mi vida he matado más que el hambre, y eso no siempre; de modo que tengo algún remordimiento.

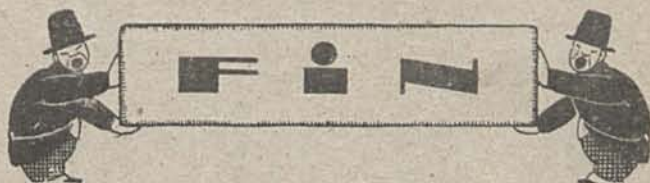
—Déjale, que no eres tú quien le ha matado, y, además, no has tenido intención de hacer daño.

El hada misma se encargó de llevar a cada niño a su casa, y cuando acabó de hacer viajes puso su varita en la cabeza de Pepito, y éste se sintió feliz. Sobre su cabeza cayeron los más preciados dones, y sus bolsillos se llenaron de juguetes y de dinero. El hada dió un beso al pequeñuelo, y le dijo:

—Serás feliz.

Y, dicho esto, desapareció sonriendo.

Pepito, entre confuso y alegre, volvió a su pueblo, donde se confirmó el vaticinio del hada.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime curioso Chonón ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quiero que me digas querido buho, cuál es el animal terrestre más grande que se ha conocido en el mundo.

—Según mis noticias, que ya sabes son siempre muy exactas, el mamífero mayor que se conoce es uno que se le ha designado con el nombre de «Baluchitherium Gran-geri».

—Oye, amigo buho, me dejas completamente anonadado con el nombrecito. No cabe duda que un nombre tan largo debe corresponder a un animal gigantesco.

—Claro que el animalito a que me refiero vivió en época antediluviana y que lo único que de él se conoce es el esqueleto, pero basta con ello para que los hombres especializados en paleontología lo reconstruyan casi con toda exactitud.

—Háblame pues de ese «Baluchitherium» ¿está bien dicho?

—Estupendamente. Tienes una memoria y una retentiva formidables. Pues escúchame y te hablaré de este inmenso mamífero. En el año 1911 un profesor de la Universidad de Cambridge exploraba los montes Bugtis.

—Oye, oye, buho. ¿Dónde están esos montes?

—En el Beluchistán oriental, cerca de la frontera de la India. Entre los fósiles que encontró en esta región, figuraban fragmentos de un esqueleto (vértebras, fémures, costillas, etcétera) que a simple vista podía apreciarse provenían de una gigantesca especie muy semejante al rinoceronte. Pero faltaba el cráneo y esto impidió al profesor hacer una descripción completa del animal.

Por el año 1923, un sabio ruso, llamado Borissiak, descubrió en Turgai otros fósiles pertenecientes a una especie idéntica.

—Tampoco sé dónde está Turgai.

—En el Norte del Turquestán o sea al Norte también de la India. Este sabio ruso comparó los fósiles por él hallados con los que había encontrado el profesor inglés y convinieron ambos en que se trataba de huesos procedentes de la misma especie animal. Pero tampoco este último sabio tuvo la fortuna de encontrar el cráneo, y la descripción del gigantesco mamífero siguió siendo incompleta.

—Se me ocurre una cosa, amigo buho. Se ve que se trataba de un animal que perdía con facilidad la cabeza.

—No me hagas chistecitos, querido Chonón. Al fin, una

expedición científica organizada por el Museo Americano, descubrió por casualidad en la Mongolia, país asiático también, un cráneo del célebre «Baluchitherium». Un cráneo muy bien conservado, y junto a él, un maxilar completo, una clavícula y dos fémures. A unos trescientos metros apareció un esqueleto completo y entonces el velo del misterio quedó completamente descorrido. Recogidos estos restos fósiles fueron transportados a través del desierto de Gobi y después de muchas y penosas vicisitudes fueron embalados y remitidos como un tesoro a Nueva-York donde al cabo de tres meses de intenso trabajo quedaron unidos los centenares de fragmentos y reconstruido el colosal rinoceronte. Era, desde luego, el más grande animal conocido hasta el día. Su altura era de cerca de cuatro metros y medio, talla superior a la de los más grandes elefantes de

Asia y de África. Su cabeza, en estado de reposo, estaba a una altura de casi cinco metros y cuando la levantaba para arrancar las hojas de los árboles llegaba a dicha cifra.

—Tendrían también ese cuerno que caracteriza a los rinocerontes, y que le sale de la nariz ¿verdad buho?

—Este monstruoso mamífero ofrecía la particularidad de carecer de este cuerno, lo que prueba que en vez de tal arma se valían de sus mandíbulas dotadas de terribles colmillos.

—¿Qué horrible sería un mordisco de este gigante!

—Imagínate cuál sería su fuerza en relación con su tamaño.

—Hoy ya no quedará ni un solo ejemplar viviente.

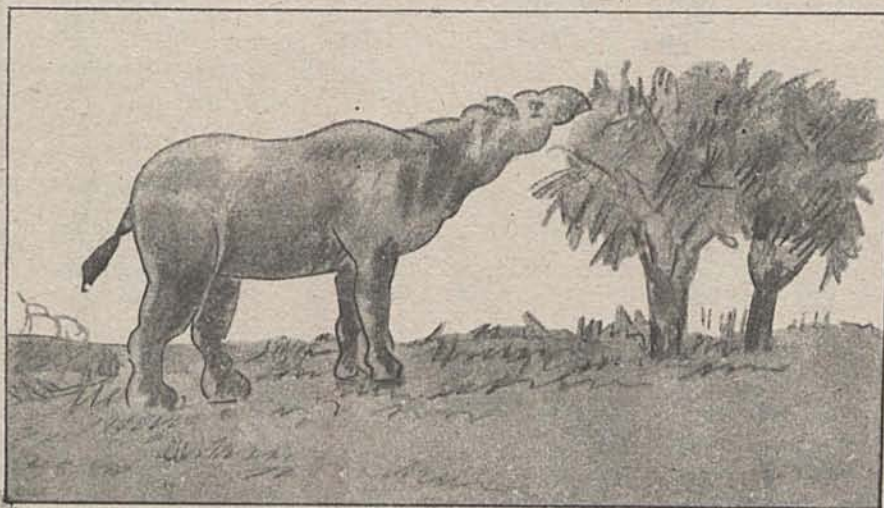
—Ni más rastro que el que se conserva en los Museos de Historia Natural. Y no es fácilmente explicable por qué causas han desaparecido estos animales de la Tierra.

—¿No crees tú que fenecerían todos en la catástrofe del diluvio universal?

—Fenecieron antes, y de ahí viene la extrañeza de su desaparición. Además no es esa una razón, pues también existían con anterioridad a esa hecatombe elefantes, y otros animales de gran talla, y, sin embargo, han sobrevivido las especies a los estragos del diluvio.

—Tienes razón, querido buho. ¿A qué lo atribuyes tú entonces?

—¿Yo? No alcanza mi imaginación a tanto. Vete a saber.



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



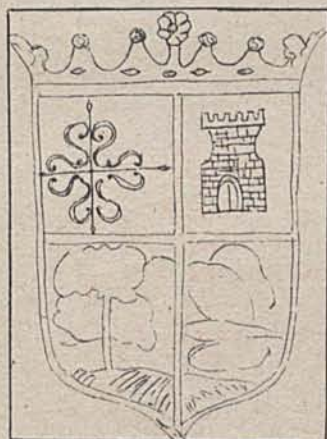
Escena sangrienta. Enrique Arias, 8 años



Un colmenar.—A. Núñez



Don Turu
Maruxa González



Escudo de mi pueblo
Luis González, 11 años



Japonesa
Eugenia Briz



Mi muñeco
Fifina Rodríguez



Volverme del
otro lado
A. Bobo



Egipcia
Leonor Mampaso



Escena de cuento, Luisito Sanz de Andino



Un pollo para
Salvador Pérez



Pinocho.—J. M.



Cabeza de vaca
Rafael Bernabé



Paco
Sole L. Ayala



Mi perro
Salvador Pérez



Tin
Rafael Fernández



Un buho
Tomás B. S.



Mi buho por Luisa



Mi fruta preferida
Leonor Mampaso



Mi postre
Tomás B. S.



Mi papá
Angel Zudaire



Una niña
Claudina Rodríguez



Perfil de niña
C. Rodríguez



Tom Mix
Luciano Ramírez



Caricatura
Joaquín Moreno

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL AMO



¿Por qué está tan triste este perro? ¿Por qué sus mejillas se contraen llorosas? ¿Por qué meneas el rabo tan tristemente?

Os lo voy a decir. Porque ha perdido a su amo.

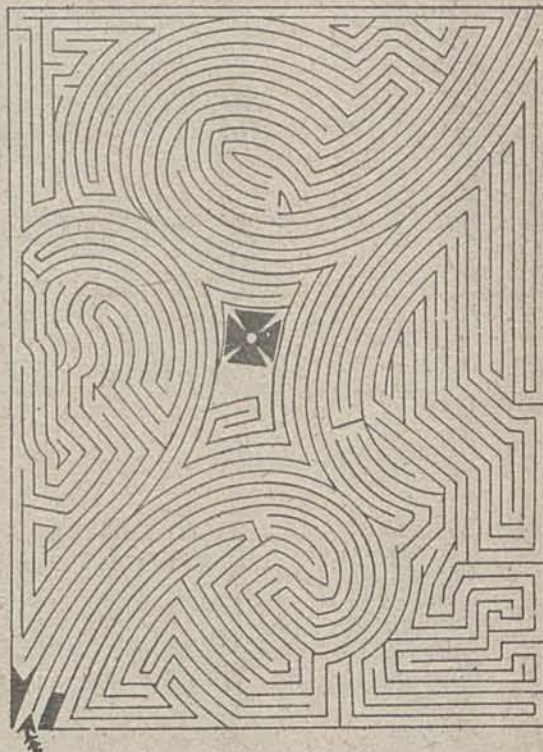
Se embarcó con él en una barcaza para dar una vuelta por el río y ¡zas! de repente ha desaparecido...

Y el perro llora y llora, creyendo que ha muerto, sin pensar, sin ver que su amo está vivo y coleando, escondido, gozando con el mal rato que pasa el afligido animal...

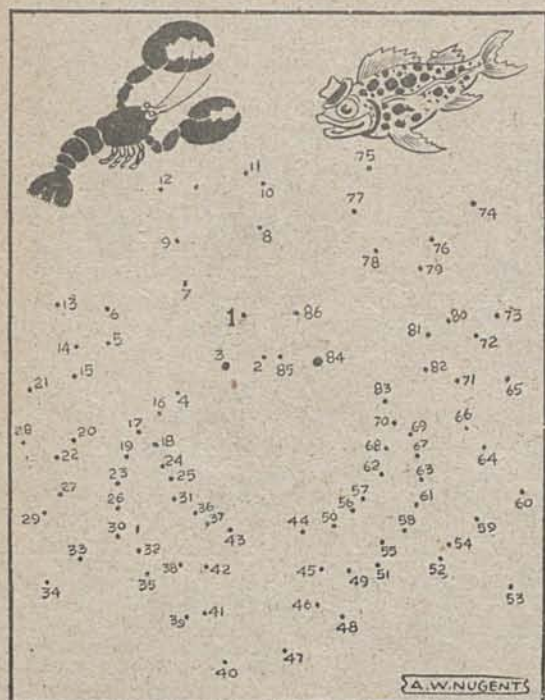
Pero como vosotros tenéis buen corazón vais a buscar al inhumano amo y en cuanto le encontréis vais a decirle al pobre perro para que no sufra más... ¡Oh, qué pena!... ¿Queréis creer que se me están saltando las lágrimas...?

LA CRUZ OCULTA

Entrando por donde indica la flecha hay que encontrar el camino que conduce hasta la cruz... Os conviene intentar la empresa porque la cruccita en cuestión es de oro y diamantes y vale un dineral... y el que primero llegue puede hacerse millonario...



¿OS GUSTAN LOS TRANVÍAS?



¡Mucha sagacidad, muchachos, y os hacéis dueños de una fortuna sólo con que penséis un poco!

Ya en el siglo XVII un explorador genovés intentó la empresa fracasando estruendosamente...

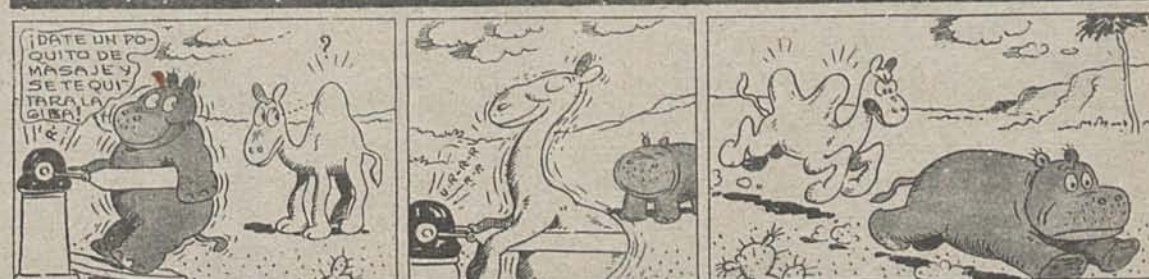
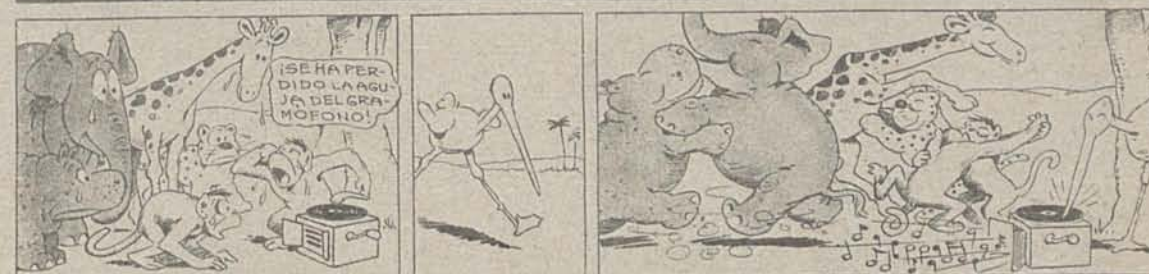
¡Vosotros triunfaréis
¡Lo presiento!

¿Os gustan los tranvías?

Pues si os gustan coged un lápiz, sacadle punta si es que no la tiene y siguiendo el orden de los números trazad rayas que las unan... El resultado será una agradable sorpresa.



GRAN CINE VINITONESCO





SECCIÓN PIRULA

Charlas de Pirula... decoradora

MALÉN y la carpeta de PEDRITO

«Los niños no debían crecer nunca» declara gravemente Malén.

¿Acaso lo dice porque a ella le gustaría no crecer?

¡Oh! no, Malén no habla por ella, al referirse a «los niños»; Malén, ya no se conceptúa niña; ella ha crecido ya tanto que le parece que no le es posible crecer más; como que estos últimos Carnavales, estuvo en un baile de trajes, vestida de gitana, con una falda de volantes hasta los pies y un moño postizo y parecía toda una señorita. ¡Toma! No os digo más sino que una vez la sacó a bailar un caballero que lo menos tenía dieciséis años. ¡Qué orgullo!

Y ¡con qué admiración la consideró su amiga Luchi que iba de Colombine con la falda por la rodilla y parecía más niña aun que de costumbre!

Cuando Malén dice «los niños» suele referirse especialmente a su hermano Pedrito, un pollo de nueve años que la considera a ella con irresistible respeto porque es «mayor», si bien este respeto encubre un desprecio natural porque por muy mayor que sea Malén no deja de ser «chica», mientras que él, pequeño y todo, tiene el alto honor y el inestimable privilegio de ser «hombre».

Y es hombre que crece con rapidez asombrosa; Malén que, desde lo alto de sus trece años, le mira un poco en mamá, se maravilla al pensar que aquel bebé calvo, desdentado y rubicundo que ella conoció cuando apenas contaba unas horas de existencia, se ha convertido en este chicarrón brutote y revoltoso, que silba como un cochero, se apasiona por las proezas del «Madrid» y tiene tanta fuerza que «la puede».

Y lo que aterra a Malén en el crecimiento de su hermano es que de año en año se va haciendo más difícil obsequiarle en el día de su santo que cae precisamente pasado mañana, día 13.

Aun no hace mucho, Malén salía fácilmente de apuros con unos caramelos y una labor sencilla, completamente «pirulesca», bordada en un babero o en un delantal, a punto de cruz, de cordón o de cadeneta.

Pero regalarle a este Perico de ahora, un babero como si fuera un nene chiquitín, o un delantal como si fuera una nena, sería ofenderle gravemente.

A todo un colegial que ya está haciendo su bachillerato y que tiene en su cuarto una mesa de trabajo, lo más indicado es regalarle algún objeto de escritorio.

¿Un tintero? ¿Usa pluma estilográfica! Entonces ¿una pluma estilográfica? ¡Tiene ya tres!

Un regalo estupendo sería una carpeta; la que tiene no es muy bonita, ni está muy nueva; es de hule negro y la ha heredado de la propia Malén cuando a ella le trajeron los reyes una de piel granate forrada de moaré.

Si, a Malén le agradaría mucho darle a su hermanito la sorpresa de una nueva carpeta digna de él; pero para comprarla se le presenta el pequeño inconveniente que ya habréis adivinado a poco que conozcáis a Malén y sepáis que tiene una mano rota y la otra agujereada: el inconveniente consiste en que Malén no está en fondos.

Por fortuna, este es un obstáculo relativamente fácil de salvar cuando se es una Pirulinda asidua y como tal se sabe que lo que no se puede comprar, se fabrica en casa. (Esto, siempre que no se trate de un automóvil o de un fonógrafo, naturalmente.)

En este caso, nada más fácil para Malén que fabricar una carpeta, según el procedimiento sencillísimo que os voy a explicar a todas, porque la que no tiene un hermano llamado Pedro puede tenerlo llamado Juan o Pepito; y la que no tiene ningún hermano o no desea regalarle ninguna carpeta... puede regalársela a sí misma.

Se coge un cartón fuerte, rectangular (puede servir el fondo de una caja) de unas dimensiones aproximadas de cuarenta por veinticinco centímetros. Se cubre una de sus caras (la que ha de ir debajo) con un trozo de cretona. (Si la carpeta es para una niña, puede utilizarse cretona florida sobrante de algún vestidito del verano anterior; para un niño, es mejor utilizar una tela con rayas, como las que sirven para cubrir butacas).

Se coloca sobre el cartón varias capas de papel secante, y se sujetan en las esquinas con unos pequeños triángulos de cretona igual a la del forro; las puntadas y las pegaduras se disimulan con un estrecho galón dorado.

La carpeta quedará así magnífica, digna en fin de un caballero que, como Pedrito, es un elegante, según podéis ver en esta página en que os lo presento con tres de sus trajes: uno, compuesto por un pantalón de pana marrón y un chandail de punto, color *beige* con tiras de pana marrón; otro formado por un pantalón de sarga azul marino y una blusita estilo *sport* de «tobralco» listada en azul y blanco, con corbata azul; y el tercero de marinero, con pantalón largo.

